

## LA *bailarina*

A VALERIA LE PREGUNTARON si alguna vez había pensado en la muerte, a lo que ella respondió que sí bajo la atenta mirada de los médicos. Nadie dijo nada al respecto pero todos se miraron extrañados. Una pequeña niebla de preocupación afloró y alguien salió en busca de alguien. En el relato de la niña, los objetos se deformaban y la perspectiva visual de las cosas se veía afectada. Sorprendía su capacidad de descripción al detalle y su entereza y aplomo al responder a todas las preguntas. Tenían un diagnóstico, pero fue especialmente ante una de las preguntas cuando su cara cambió por completo y su sonrisa inundó la estancia:

—¿Te gusta bailar?

—Sí, es mi pasión —contestó—.

Leía mucho, aunque la mayor parte del tiempo que lo hacía pensaba en otras cosas, siendo capaz de comprender lo leído, eso sí. Leer la ayudaba a mitigar aquellos ataques repentinos, llenos de deformaciones de su entorno inmediato, como si mantener su mente ocupada evitara el sabotaje involuntario. Como leía mucho, compraba muchos libros, más de lo que era capaz de leer, y la mayor parte de las noches se dormía con la compañía de alguno de estos pequeños malditos. Una noche, luchando contra la fuerza de sus párpados cerrados, tuvo la sensación de que había alguien cerca y se puso a dialogar con él mientras preparaba un cuchillo por si fuese necesario usarlo; no había nadie, era simplemente un mecanismo imaginario de defensa. Aquella presencia quería ofrecerle un libro, conocía sus hábitos y quería regalarle uno, no sin antes advertirle de que hasta que no terminase ese



libro  
no  
podría  
continuar  
leyendo  
ninguno más.

Con la sensación de estar flotando a tres metros de la cama, Valeria de pronto se despertó.

Pasado el susto inicial, revisó ansiosa el libro que había estado leyendo y se sorprendió al observar que estaba vacío; todas las palabras habían desaparecido dejando las hojas en blanco, como su piel lívida y sus ojos abiertos. Aquella noche no durmió más y los ataques fueron recurrentes. En sus alucinaciones observó a aquel alguien, que ahora había adoptado la forma de un hombre taciturno, rodeado por una multitud ebria en una especie de taberna. Aquel hombre esperaba con las palabras en su mano, que tiró al suelo mientras hacía fuego con ellas. Todo el mundo miraba atento, sin desperdiciar el silencio que atronaba en aquella sucia acera llena de colillas; no había otro silencio, era el suyo. Las fibras chispeantes humeaban transformadas en un mosaico

de incandescencia, crepitaban con desorden como pasos de seres diminutos ataviados con cadenas de forja en procesión. Las palabras no tenían prisa en consumirse, nadie las había pronunciado desde el momento en que empezaron a arder. Pasado un momento el hombre ya no las recordaba sobresaliendo de los márgenes, ahora se contorsionaban en el suelo como espuma de mar. Hechas ceniza y sigilo nostálgico, el humo salvaje las envolvía como recuerdo de aquellas noches. Tanto era el dolor que sentía que apretaba los puños y la mandíbula, mientras con su mirada dibujaba el relieve de las baldosas en el suelo. Allí todos seguían mirando. Quiso andar con la oscuridad pesando sobre su espalda y no pudo.

Lo peor para Valeria no eran los ataques. Lo que más la hacía sufrir era toda aquella serie de pensamientos negativos e involuntarios de hacer daño a la gente. Era insoportable. Los médicos no dieron especial importancia al hecho. Tan solo dijeron que aquello la acompañaría toda su vida. A veces recurría al mar como alivio a todo aquel movimiento en su cabeza, aprovechaba y bailaba con el ritmo que brindaba el oleaje, y con el olor a salitre llenaba los pulmones deseando que lo curara todo. Aquella ausencia de marco con su vista clavada en el horizonte le hacía bien, aunque los granos de arena parecieran piedras enormes y aquella barquita en el agua un átomo de un organismo unicelular.

Siempre llevaba consigo el libro, pero sin una palabra en él. Como si todas se hubiesen esfumado en aquella alucinación del hombre taciturno. No lo había vuelto a ver pero sentía que de alguna forma seguía ahí. De vez en cuando se cruzaba a su paso con gente en la que lo reconocía, pero nadie tan triste, tan sumido en el gris de la inexistencia, ni esa duda extraña al caminar. Los techos de la casa se le venían encima. En los días de lluvia el sonido le cosquilleaba el cuero cabelludo y sentía

el agua caer por los desagües como por sus venas. Valeria quería bailar, pero sus zapatillas de ballet le parecían diminutas y sentía sus piernas tan largas que no llegaba a sus pies.

—¿Quién eres?

—Tu sueño.

—¿Dónde vas?

—Vengo a ayudarte.

Una mujercita se había arrodillado ante Valeria, con la intención de socorrerla en la tarea de calzarse. Su voz era fina, delicada y agradable, como esas veces en que todo es ilusión.

Dejó de llover y las zapatillas ya vestían sus pies. La mujercita miraba hacia arriba con una sonrisa enorme y su pelo dorado brillando. Valeria la invitó a subirse a su empuje y esta aceptó. Así fue como pudieron bailar durante largo rato hasta que Valeria se cansó. La mujercita, algo mareada, caminó alejándose con una manita levantada en señal de despedida.

Valeria no entendía, pero bebía té y comía sus galletas preferidas —las de chocolate, cómo no. Se hacía todas las preguntas del mundo mientras buscaba una solución a lo que le ocurría. Procuraba caber en aquella estantería junto a los libros, pero no. Solo pensaba en que a pesar de todo continuaría habiendo drama en cada contorsión de las palabras. Soñaba con ser una gran bailarina pero hasta las nubes eran pequeños conflictos inexplicables. Un día dibujó una flor y la coloreó con tonos pastel, decidida a que aquellos pobres colores diluyeran las sensaciones, convirtiéndose en premonición, y el libro poco a poco recuperó sus palabras, casi al ritmo de un vals desconocido. Pero fue el diagnóstico médico el que la hizo sentirse especial; padecía un síndrome que la acompañaría toda su vida, el de *Alicia en el país de las maravillas*. 🐰

